



Velando el sueño



Una madre con sus «churumbetes»



Los amigos



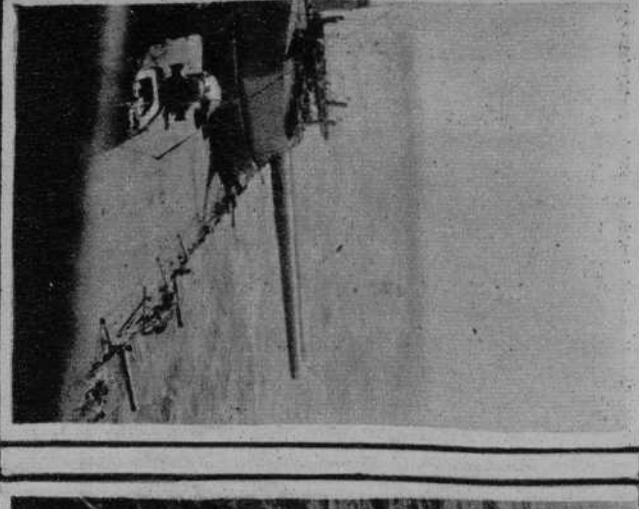
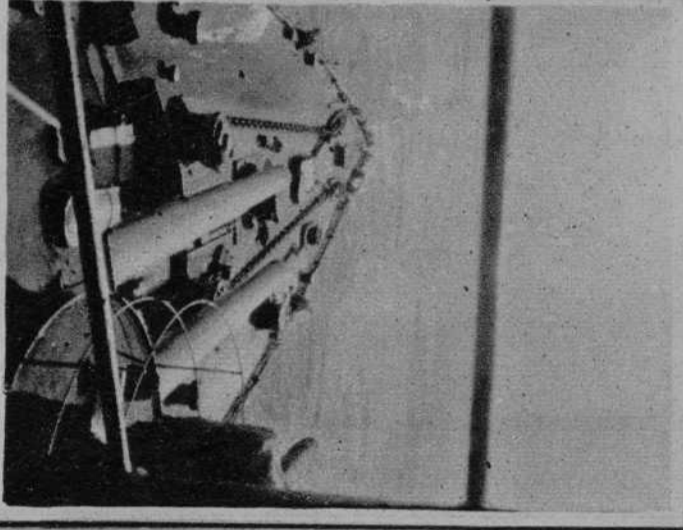
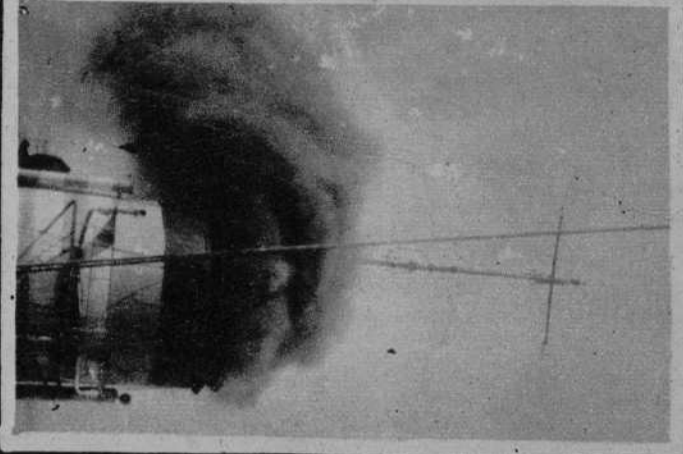
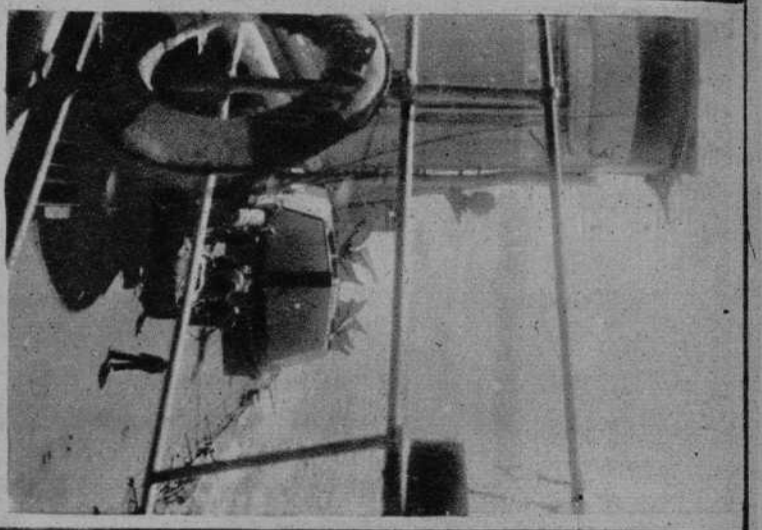
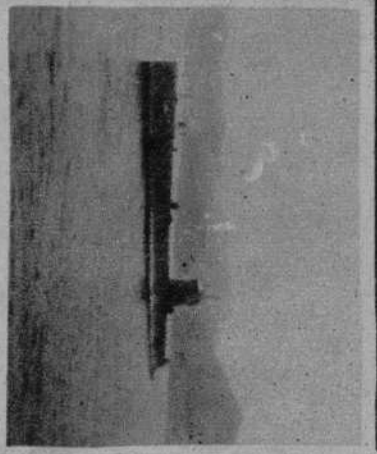
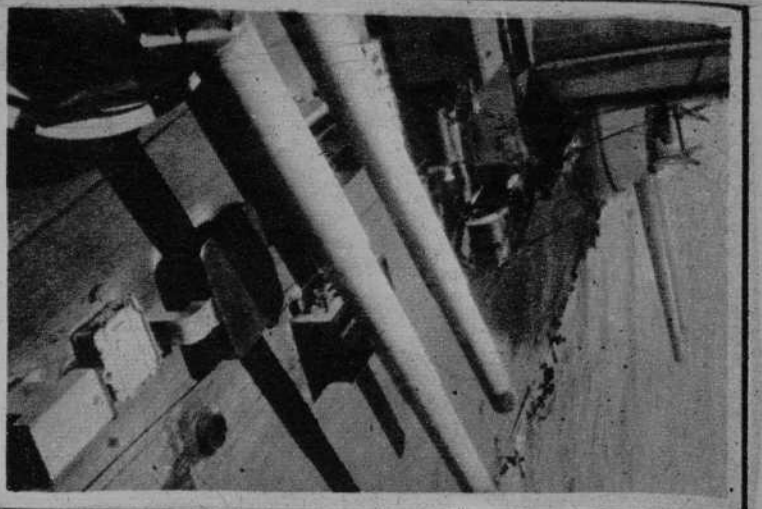
En la tienda.—(Fots. Algueró)



«El Beato Enrique», cuadro de Zurbarán, en el Museo de Sevilla

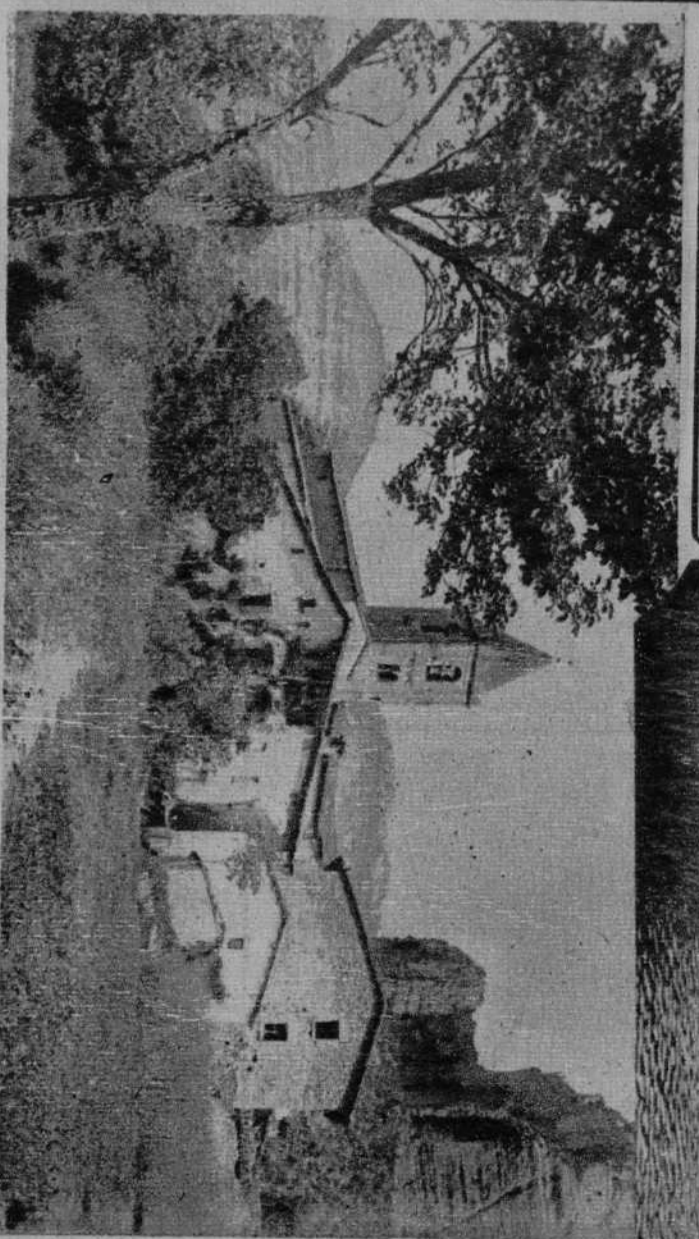
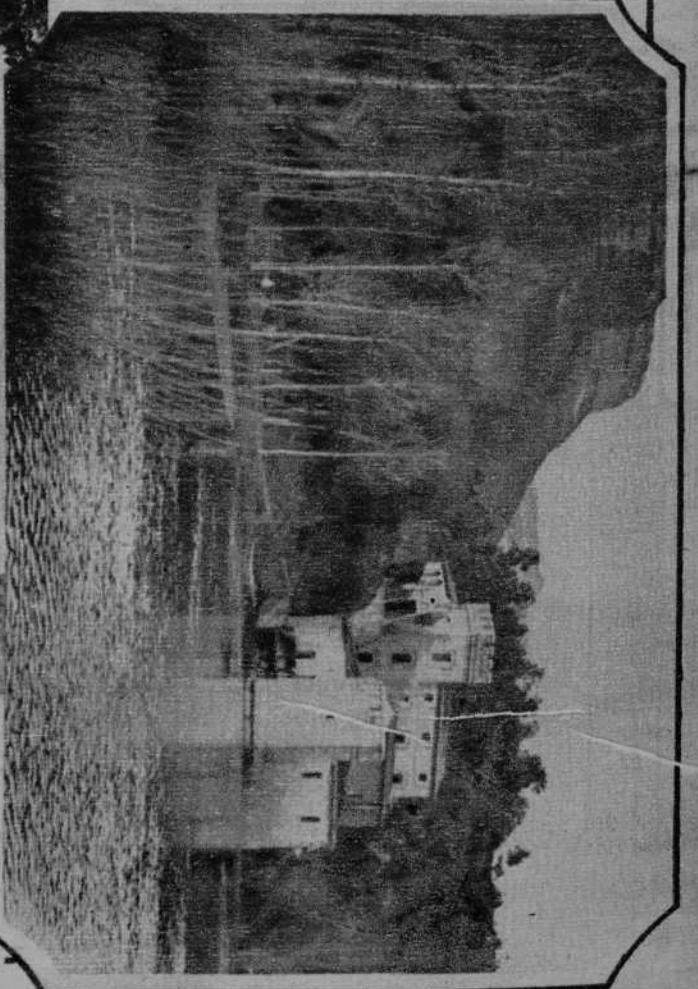
A BORDO DEL «JAIME I»
DURANTE LAS MANIOBRAS DE LA
ESCUADRA
ESPAÑOLA

(Fots. Saludes - Rosell)



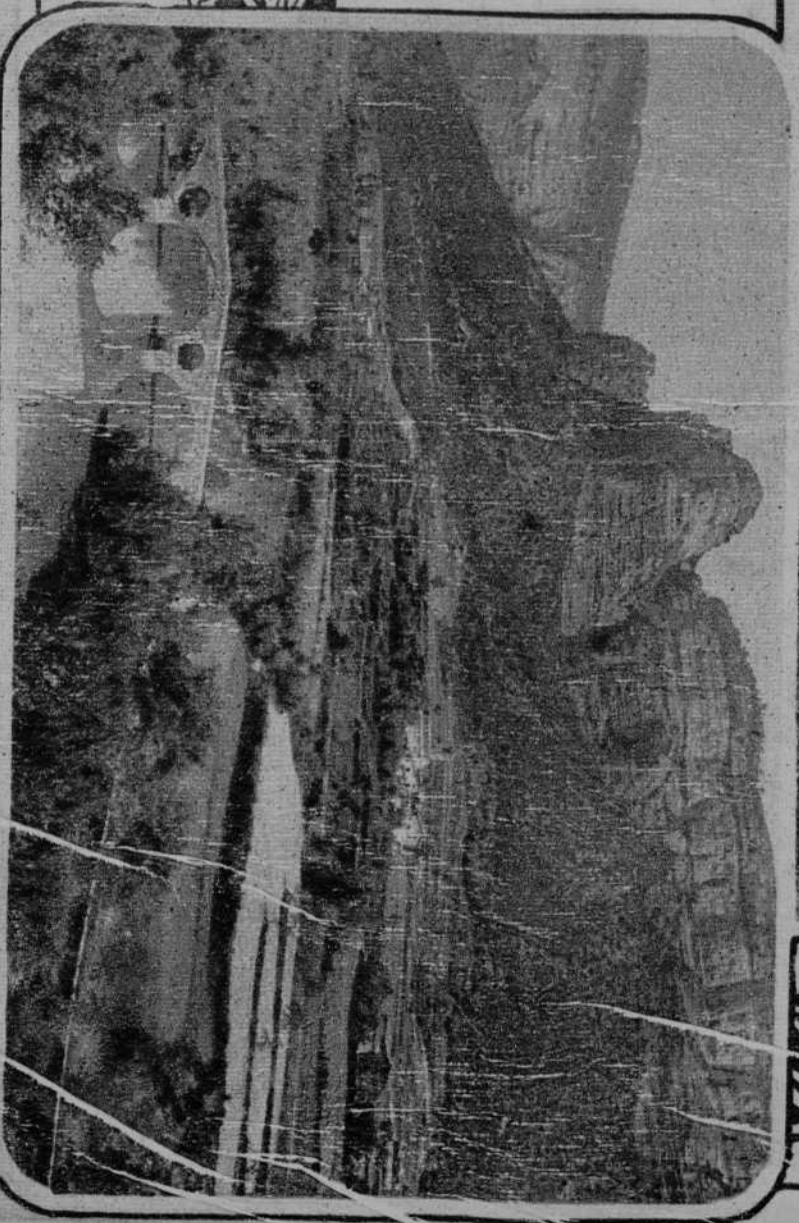
LOS BELLOS PAISAJES
DE LAS
GUILLERIAS

El molino de
San Romá de Sau
(Fot. Amat)

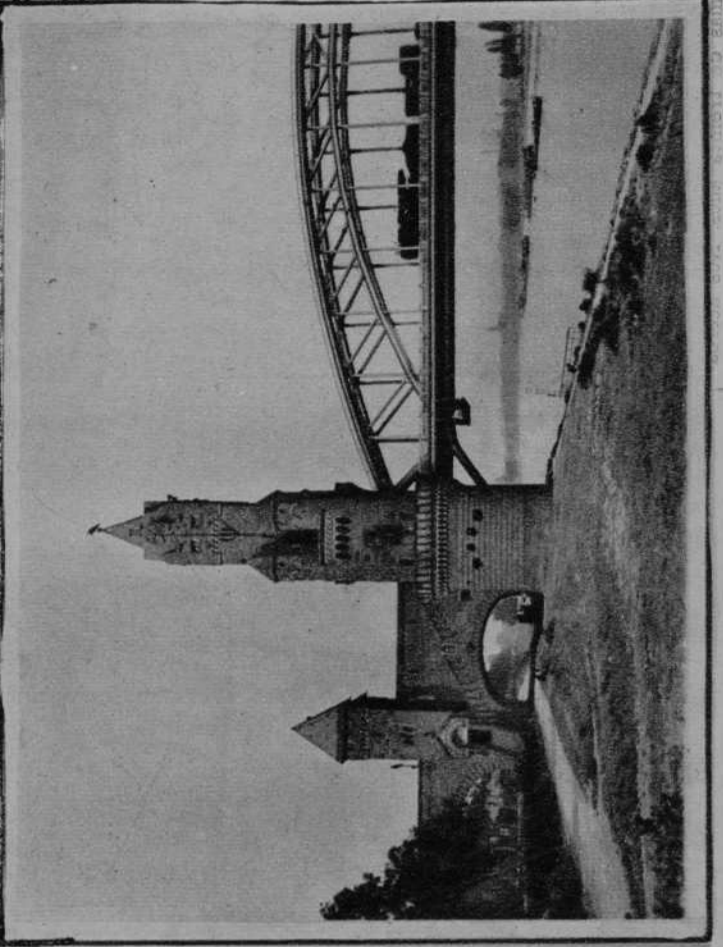
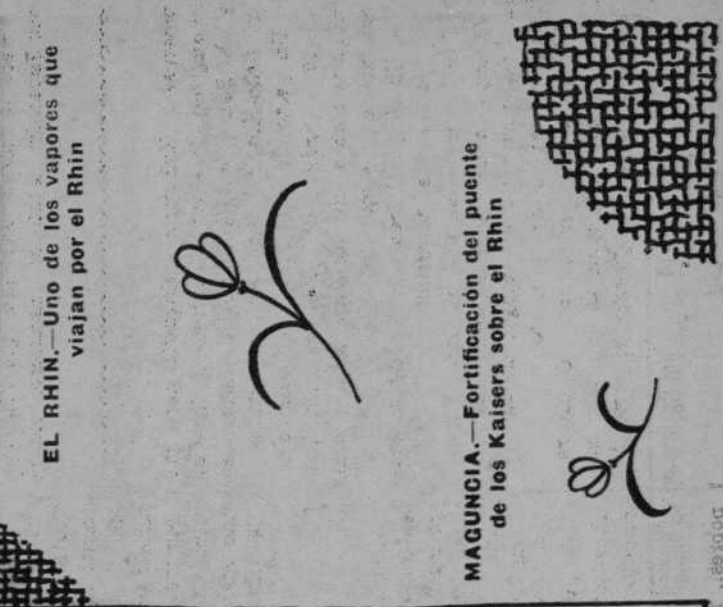
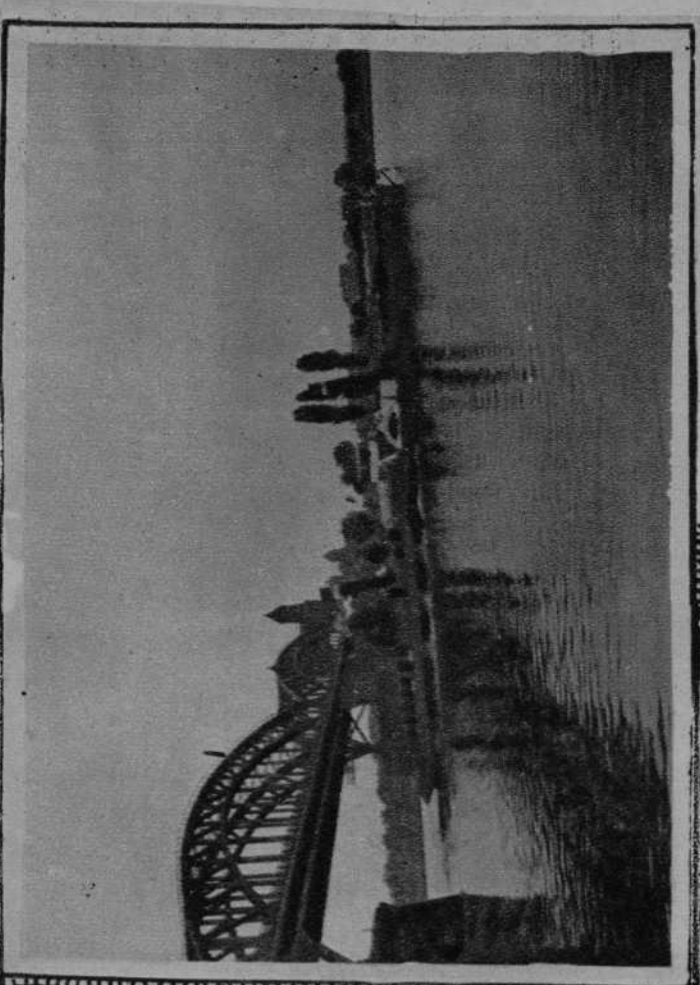
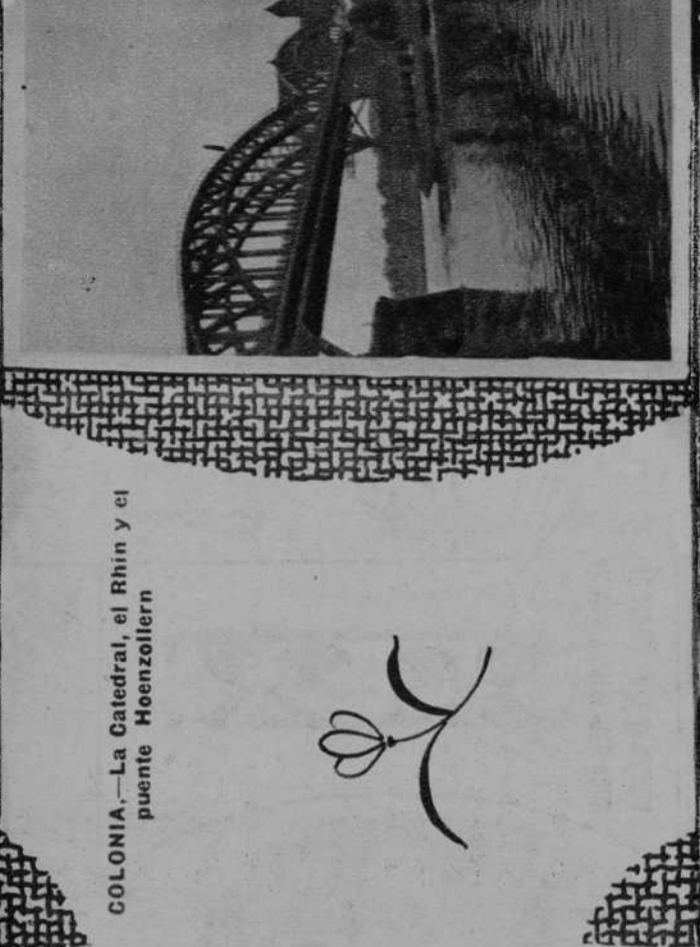
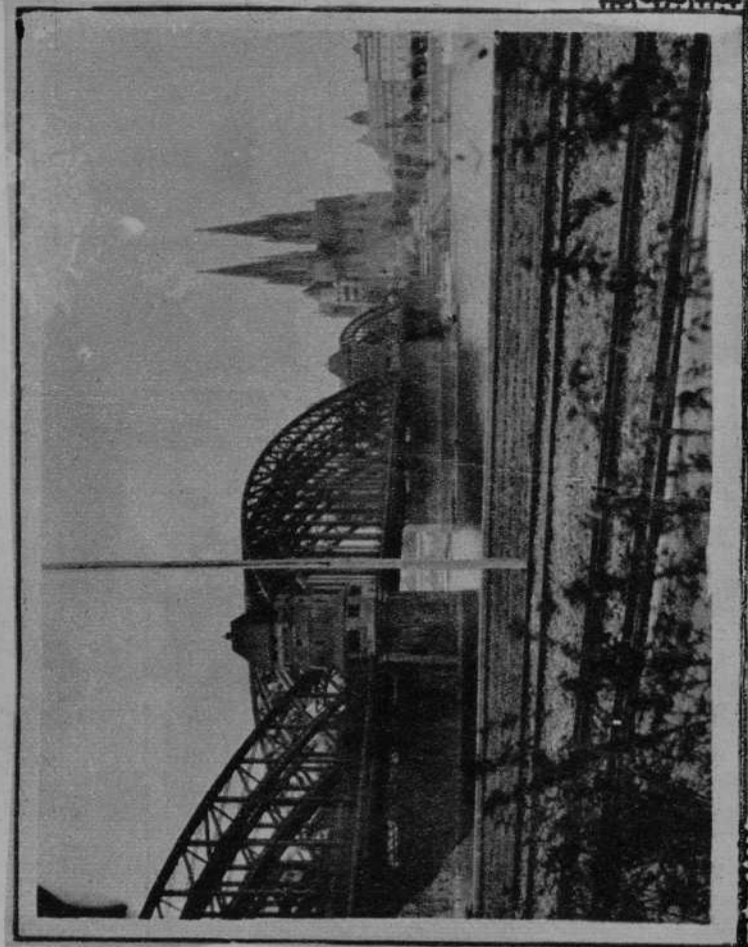


El viejo templo
parroquial
(Fot. Battie)

Vista General
de San Romá
(Fot. Battie)



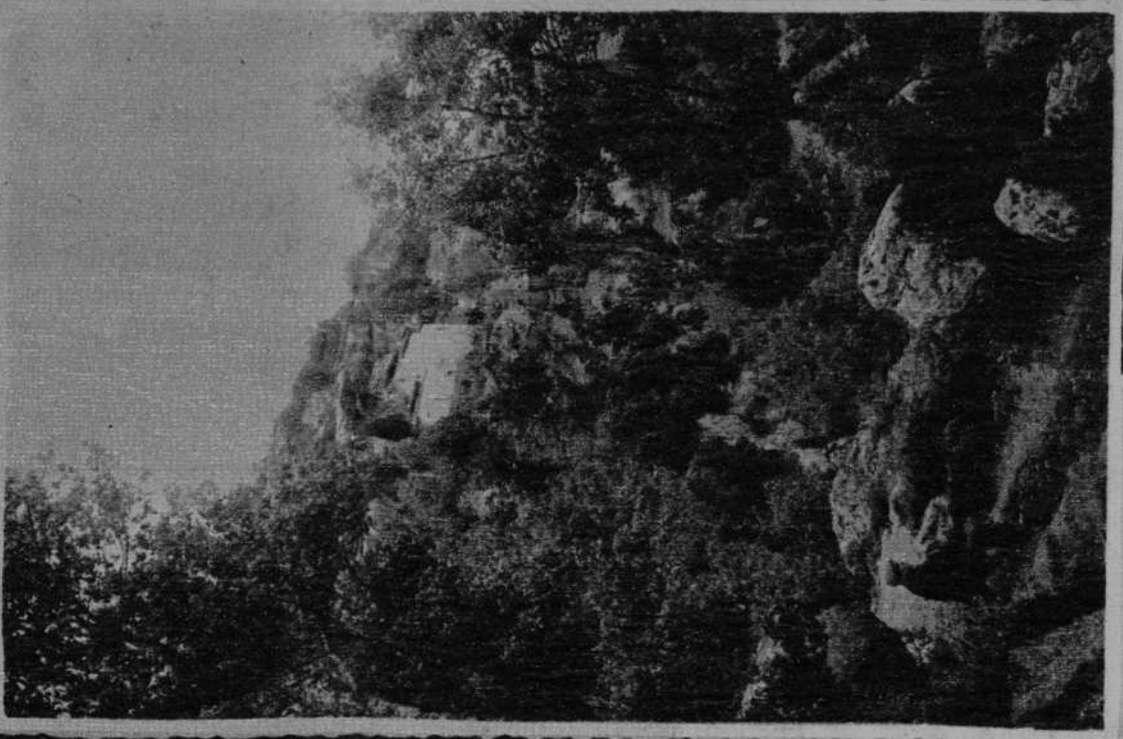
Los
bellos
panoramas
del Rhin



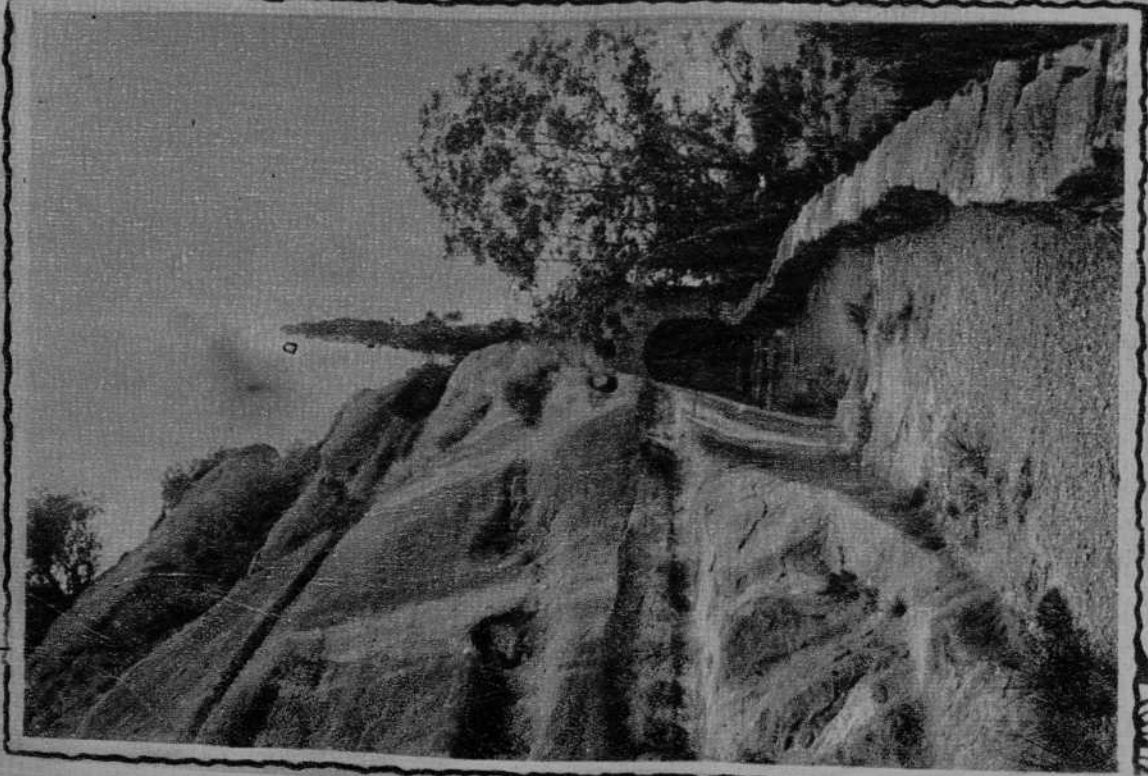
COLONIA.—La Catedral, el Rhin y el puente Hoenzollern

MAGUNCIA.—Fortificación del puente de los Kaisers sobre el Rhin

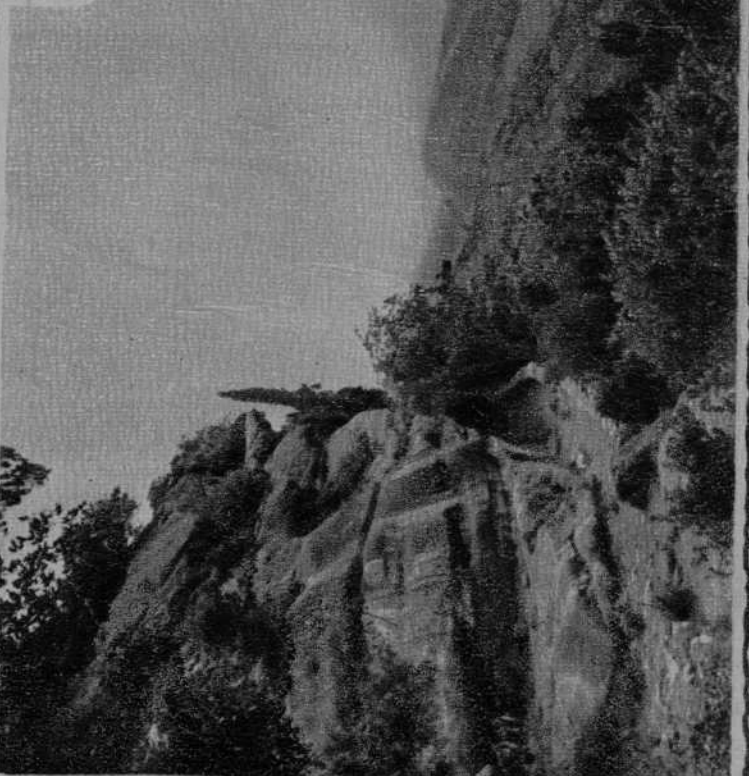
LA ERMITA DE LA ABELLERA EN PRADES



La ermita escondida en el barranco. Al fondo la sierra de Prades (Fots. Vallbe)



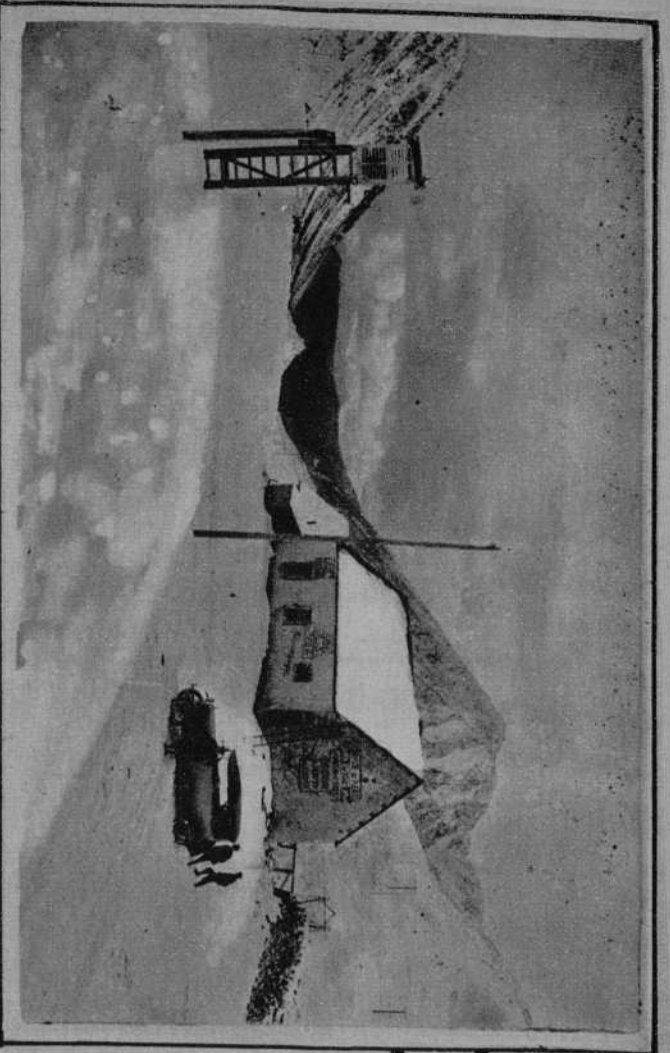
La entrada de la ermita



Camino de la Mare de Deu de la Abellera

... y Leon non esse sapie Enria...
... el de la Incriab El . nobal ob laimieob
... el de la Incriab El . nobal ob laimieob
... el de la Incriab El . nobal ob laimieob

LAS PRIMERAS NEVADAS HAN GERRADO EL PUERTO DE LA BONAIQUA AL PASO DE LOS VEHICULOS, DIFICULTANDO EL ACCESO AL VALLE DE ARAN



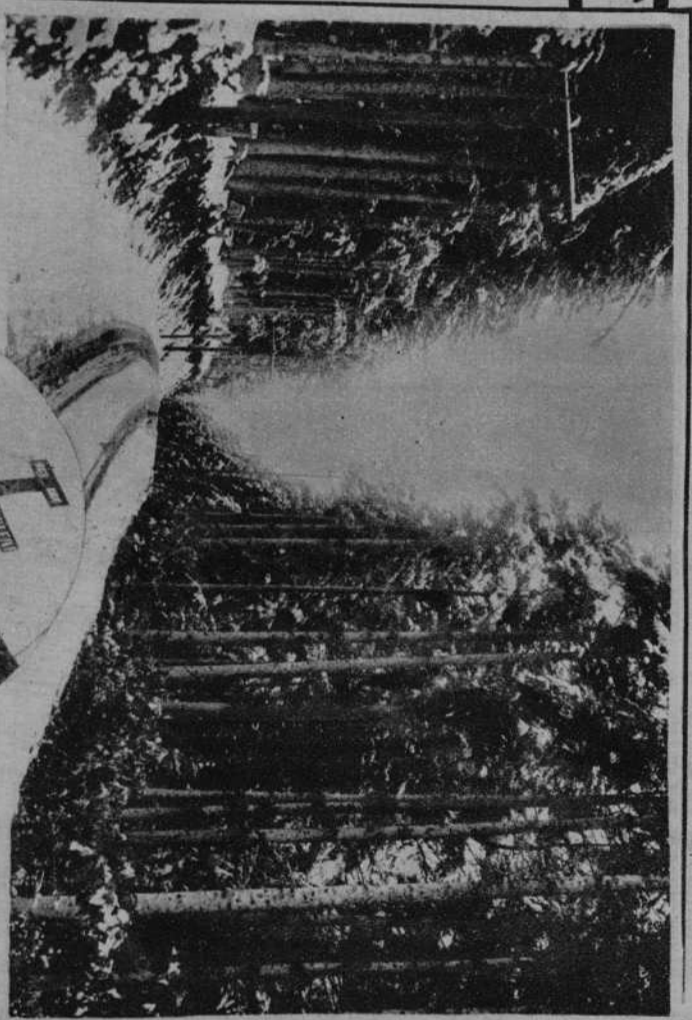
La cima del Puerto (2.072 ms.), después de la nevada



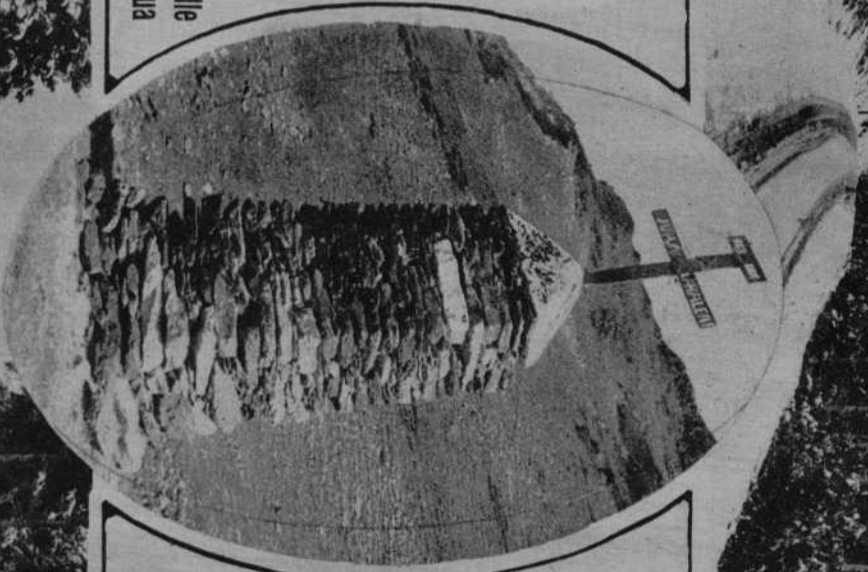
Un trozo de la carretera



El cauce del Garona en su nacimiento



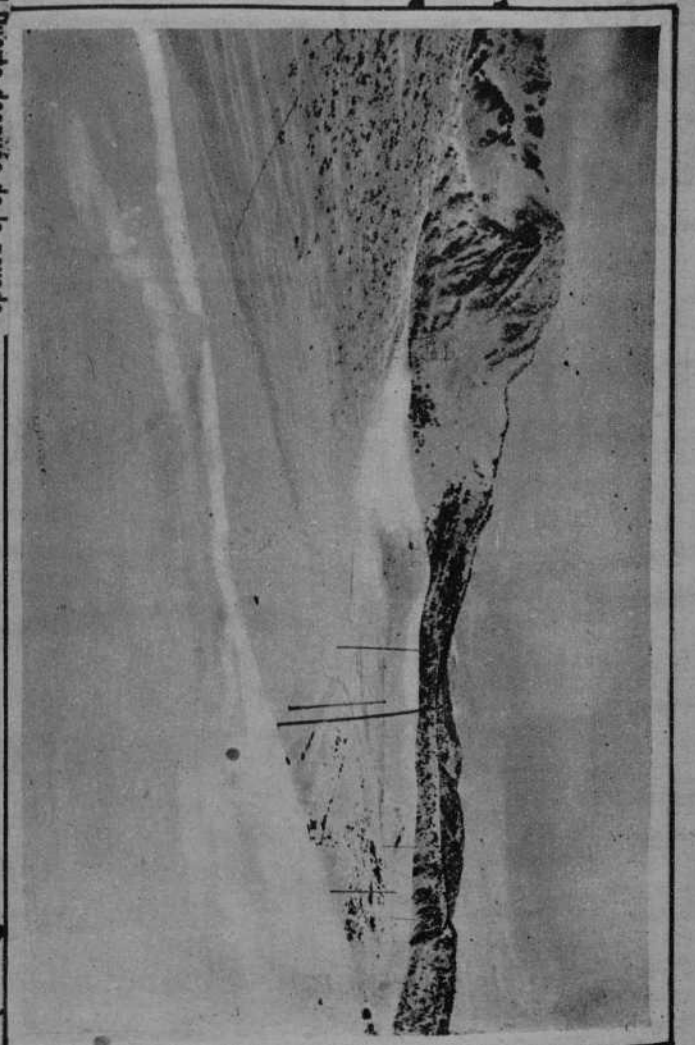
Un aspecto del bosque de Sorpe



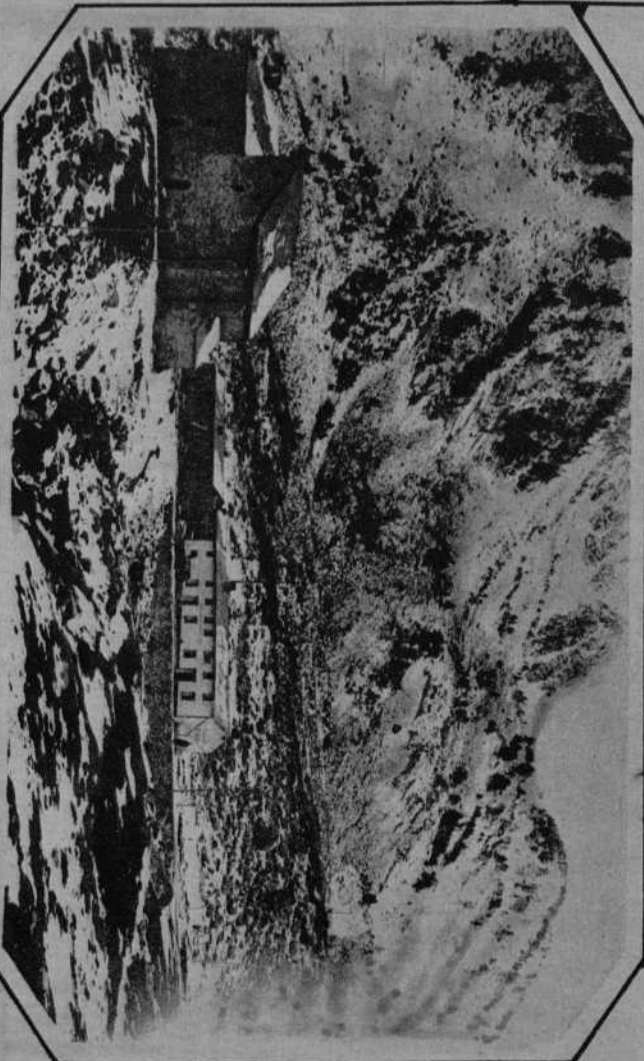
Cruz divisoria del Valle de Aran y de la Bonaiqua



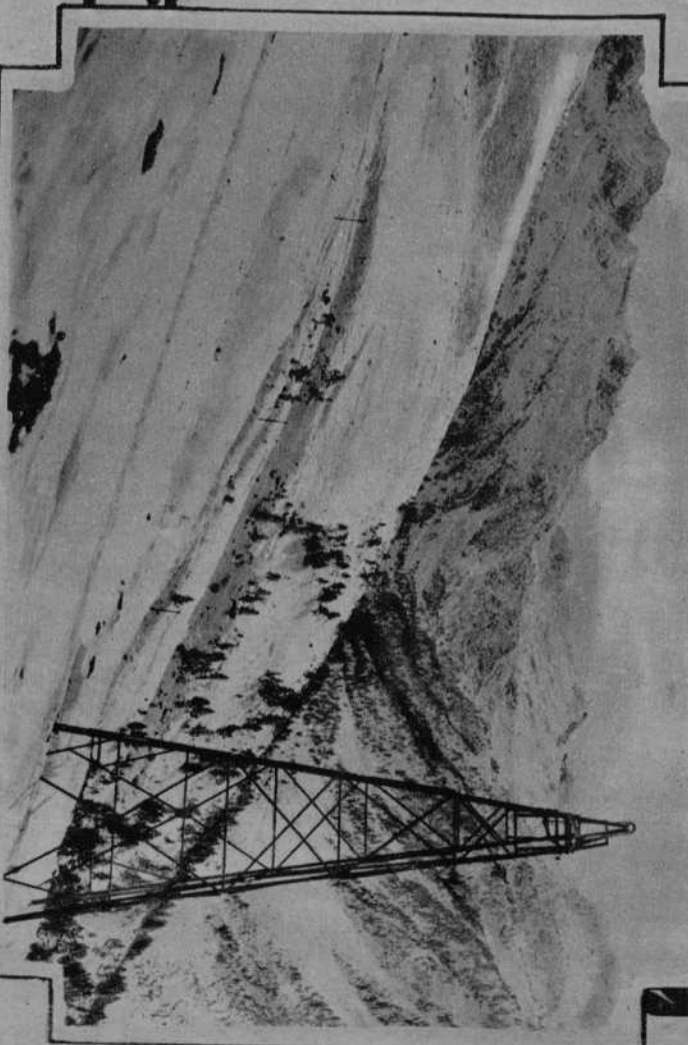
La carretera en el bosque de Sorpe



La cima del Puerto después de la nevada



El refugio de la Virgen de Arés



El valle cerca del Puerto

(Fot. Gerdé-Pohla)

el cuento del domingo

El humo de un cigarro por

Luis Ibañez Villaseca



dejando volar su pensamiento, recordando la infancia de «Pabliyo Guzmán»...

Apenas cumplió los diez años, muy de mañana, cuando Málaga era acariada por la tornasolada luz del amanecer, cuando el sol como una hostia ardiente comenzaba a asomar por la línea del horizonte, cuando las nebruras de la noche daban paso al día; cuando los pájaros cantaban en «El Litoral», saludando a la aurora que es la vida... «Pabliyo Guzmán» iba a la mar con el viejo pescador, frotándose los ojos legados, dando tropezones en las arenas de la playa. Iban el viejo y el chava a reunirse con los otros pescadores que sacaban el copo de las aguas.

Y «Pabliyo Guzmán», la gruesa cuerda al hombro, era uno más en la gran fila de hombres curtidos por el salitroso aire mediterráneo; era uno más, tirando del copo playa adentro, para que la red echada al

Fué en una casucha miserable de «El Faro» donde abrió sus ojos a la luz.

Fué en las blandas arenas de aquella playa donde se alzan «La Caletas» y «El rincón de la Victoria», donde se revolvió con los demás chavales llenos de carroña.

Y el sol de fuego que besa a Málaga la hermosa, testó la cara del mocoso Pabliyo de Guzmán.

Y allí creció... y fué testigo de las penalidades de aquellos viejos pescadores que le enjendraron... y supo también lo que es acostarse mordisqueando un pedazo de pan duro, porque la mar no había querido dejar entre los hilos de las redes, lo que los viejos padres convertían en dinero, para lograr un guisote que pudiera alimentar al chava de calzones cortos y pelo greñudo.

Y continuaba Mister Roland, entornando los ojos, arrancándole humo al cigarro, y

El viejo millonario, sentado, hundido cómodamente en el butacón de panilla, sostenía el cigarro habano, del cual, y en profundas chupadas, arracha nubes de humo gris, que ponían niebla en el despacho. A través de los cristales de la galería, veíase el velo de la nieve, que iba cubriendo la ciudad.

El millonario, en la confortable atmósfera de su habitación, entornaba los ojos perezosamente, contemplando el zig-zag que describían las columnas del cigarro al descomponerse.

En aquella hora quieta de la tarde invernal, lejos de la febril complicación de los negocios, solo en su despacho, el pensamiento de Mister Roland, íbase al pasado, mostrando ante los entreabiertos ojos del hombre rico, los días ya muy lejanos de su juventud.

Fué en Málaga, perla mediterránea de cielo incomparable, donde «Pabliyo Guzmán» nació, hijo de pobres pescadores.

caballerías. Una tarde, llamó a la puerta de su casa un monje en solicitud de un carruaje.

—¿A dónde va?
—Al convento de Verkhoturi.

—Hay tres jornadas.

El monje y Gregorio Rasputín emprendieron la marcha en la telega, y poco a poco, entre aquellos dos hombres, fué naciendo la alegre intimidad de los que van a compartir el pan, el agua y el camino. Hablaban de sus pueblos y de sus vidas, de los sufrimientos de los campesinos y de los presidiarios que llenaban la Siberia, y que una vez cumplidos, se quedaban en las villas, atraídos por el encanto de la estepa infinita.

—Y usted, padre, ¿va a encerrarse en el convento?
—Voy a hacer penitencia.

—¿Penitencia? ¿Es que ha pecado?

—Siempre se ha de pecar y siempre se ha de hacer penitencia. Nunca se es tan respetado como cuando se ha caído en tentación para volverse a levantar más puro.

Rasputín se acordó de las palabras de su padre: "Yo fui «varnak», pero, arrepentido, soy respetado por todo el pueblo". ¿Quién sería aquel monje que no hablaba como los otros monjes? ¿Sus doctrinas serían las doctrinas de la Santa Iglesia Ortodoxa? ¿No pertenecería a alguna de las sectas religiosas de las que está llena la Siberia? ¿No sería un «errante»?

—No, no soy un «errante»—le respondió el monje—, pero mi fe está llena de nuevos resplandores.

Rasputín le contó la aparición de la Virgen.

—¿Y tú has pecado, después?

—Sí, he pecado mucho.

—No importa. Por haber pecado mucho te salvarás. En tu alma hay una fuerza religiosa que tú desconoces y que hallarías en ese convento al que vamos.

—Pero yo no puedo abandonar mi familia.

—Para acercarse a Dios hay que alejarse de la familia.

—¿Y sería admitido?

—Mis hermanos no desean más que hallar un hermano. Tú, como hoy, transportarás en tu telega cuerpos que llevan almas transidas de amor a Dios, camino del convento de Verkhoturi, pero tu alma volverá al pueblo impura.

Cuando llegaron al convento, el monje viajero, dijo, suplicándole, a Rasputín:

—Quédate, hermano.

Rasputín miró el convento que parecía una granja, vió a los monjes llenos de serenidad, desunció la telega y siguió al monje, que lo condujo a una celda, donde a la noche, ante un icono, lloraba lleno de fervor. Al día siguiente, mostraba al monje su espalda que surcaban los caminos morados que trazaron los golpes de martirio.

—Padre, me quedo. El camino de Verkhoturi ha sido mi camino de Damasco.

—Hay dos caminos, Rasputín, para que salves tu alma y alcances la plenitud de la tierra y del cielo—le respondió el monje—. Hay el camino interior y

el exterior, hay el camino del pecado y el camino de la purificación. Desde este convento puedes emprender los dos caminos.

—¿Pero a qué Orden pertenece este convento?

El monje se acercó, lleno de suavidad a Rasputín, y abrazándole, dejó caer sobre el mozo atónito, estas palabras:

—Todos los que estamos aquí llevamos clavados en el corazón los siete pecados y las siete virtudes.

Toda la vida mística y oscura de Rasputín comienza en este convento de Verkhoturi, donde fué iniciado en la secta de los «Klistis», mezcla de delirio erótico y de misticismo. El Klistismo predicaba y practicaba la santificación por el pecado. Cuanto más pecase un hombre más podía acercarse a Dios, porque mayor tenía que ser la penitencia, mayor el arrepentimiento y mayor la purificación. Siendo la tentación origen del pecado, precisaba dedicándose en todas las hogueras carnales, hasta que por la extinción de toda pasión y aniquilamiento de todo sentido se llegase a la «muerte mística», ofreciendo al Todopoderoso el cuerpo y el alma redimidos después de haber pasado por todas las pruebas. Todo lo que entonces realiza el hombre es puro, grato a Dios, llegando a la santificación, por pocos lograda, porque no todos saben despojarse del orgullo de la castidad, ni todos quieren darse sin temor al pecado. Ninguna humillación para una mujer como despojarse de su virtud. Ninguna desprecia todo lo del mundo para lograr la extinción de todo rastro de pecado en la sangre. Por eso en la unión amorosa se alcanzaba el aniquilamiento del yo, procurando la inercia final de los sentidos, convirtiéndose en «hombre de Dios». Como para alcanzar la salud, el cuerpo tiene que eliminar las toxinas, la carne debe eliminar las tentaciones para lograr la santidad. Mientras haya tentación habrá pecado, y las tentaciones y las pasiones no mueren más que por la rendición de la carne por la carne. Esta era la doctrina de los «Klistis».

En el convento de Verkhoturi, la mayor parte de los reclusos pertenecían al «Klistismo», sin confesarlo, sin hacer alusión a su sectarismo. El «Klistismo» exigía el misterio y debían mostrar adhesión absoluta a la Santa Iglesia Ortodoxa, a la «falsa creencia», ante los extraños y mientras un neófito no mostrase su rotunda conformidad a la «nueva fe».

Rasputín entregóse en el convento a la oración y a los trabajos del campo. A veces, rezando tras el arado, pensaba que la Virgen ya no se le aparecería a pesar de su mayor perfección.

—¿Por qué no se me aparece la Virgen, ya que ahora soy más perfecto?—preguntaba a sus compañeros.

—Porque sólo ahora comienza tu purificación—le respondían—. Tendrás que salir por los campos de Rusia y errar por los caminos y los bosques. Tendrás que consumirte satisfaciendo todos tus instintos. Tendrás que penetrar en los ritos y misterios de la iglesia Pravoslarny, que es la nuestra. Tendrás que abandonar a tus padres, a tu mujer y a tus hijos.

Rasputín habló con uno de los monjes, llamado Varnava, que no pertenecía a los Klistis.

—Hijo mío—le dijo—. Tú eres fuerte y dulce, tú amas lo terreno y lo celeste, y en ti el poder de Dios llegará un día a manifestarse. Conságrate a nuestra Santa Iglesia.

Los otros monjes, los Klistis, le dijeron:

mar la noche antes fuera lentamente lleganda a la orilla. Y al sol, ya dueño del día quedaba con su luz los rostros de los pescadores, y Pablito Guzmán, con su muertero sombrero echado sobre los ojos, se daba un poco de sombra, avanzando por la playa, tirando del grueso cordel del copo, *—¿Qué me pasa en esta noche?*

Y entre las mocitas de «La Galata» tenía Pablito nombre de enamorado. Y cuando en la red saltaba el pescado como lluvia de plata, «Pablito» arreglaba sus capacetes de esparto y llenándolos de pes-

—Los de las emasetas, los riego yo— decía piaramente la muchacha.

—Los de tus labios... están los besos de mi boca, pero que se mantengan siempre frescos—respondía «Pablito», arriando también su rostro curtido, a los barroteos de la reja.

Y y la mar, con su murmullo, escondía y amparaba el estallar de los besos.

El viejo millonario, seguía mirando con los ojos entrecerrados la columna de humo de su cigarrillo.



305-22

—¿Te «quitas» cayá, esbortoso? ¿No sabes tú, que «pas» mi no hay más «ta» que la de de tus ojos?

«Josefilyo Terrones», como no es tonto, mira y remira, lo que no «pudé» sé pá «s», porque ya es de otro. ¿Estamos, «permas»?

Y respondía «Pablito Guzmán»:

—Solo en «er» mundo quedé, «chiquiyas», «car» moris mis viejos. No tengo más «querer» tuyo. «Josefilyo Terrones» y yo, vamos juntos en la cuerda tirando «der» copo y nos «conosemos emasetas».

—¿Es un «presuntio», que muere la lengua más de lo «regulá»?

—Como estamos frente «er» moro, me vas a «resuntis» más «seloso» que «er» Sur-tán, «chiquiyas»—decía, riendo, María Luz «La Bonita».

En el silencio de la noche estrellada, era música la risa de la moza malagueña. Y con la cara pegada a los labios de la reja, suplicaba María Luz, a su novio:

—¿Anda, «Pablito»! Cantame por lo «chajins», una «copilyas» de caracoles y te daré un «clavé».

—¡«Pas» mi no hay más «clavé» que de tu boca, «sentrafi»!

—Son más bonitos lo de las emasetas... —Los de tus labios no se marrahtán, mi arma.

Los chavales de «El Palo» y «La Galata» saltaron un día alborozados, delante del atrio de la pequeña iglesia.

Y los pescadores se vistieron de limpio.

Y aquel día, antes de la coronación, sacaron el copo lleno de pescado, que vendieron a buen precio.

Y al salir de la iglesia, cogidos del brazo, mirándose amorosamente, María Luz «La Bonita» y «Pablito Guzmán», mujeres, hombres y chavales, toda gente humilde, esclavos del mar... almorzaron de clavetes el atrio de la pequeña iglesia y entre las flores triunfaba el clavel roventón que Dios puso en la boca de la novia.

Fué una fiesta sonada en la playa. Corrió el buen vino y en distintos sitios de los arenales, brillaron las hogueras al calor de las que (y a favor del viento) se tostaban, dorándose, los boquerones, ensartados en los espantones de caña, que al ser retirados del fuego, parecían recién cogidos de entre el torzal de las redes.

También bebó y hasta bailó con la novia «Josefilyo Terrones», recordándose al bailar, en los ojos de la moza bonita.

La nieve, cada vez más densa, iba amontonándose cuajada, en los cristales de la gran ventana del despacho, donde el octo-

—Pierde tu nombre, olvida a los tuyos y corre por la tierra, buscando a nuestros hermanos y anunciando la buena nueva. Principia por la muerte de tu pasado y de tu presente y todo te será dado por añadidura.

Una mañana, Rasputín, abandonó el convento. Los hermanos, al despedirlo, entonaron un cántico deseándole la protección divina, y Rasputín fué avanzando cara al viento que le hinchaba la blusa, le esparcía la barba rubia y le alzaba la melena negra, descubriendo en la frente la cicatriz de la herida con que le marcaron los hombres de su pueblo por ladrón de caballos.

Al llegar a la puerta de su casa, salieron, llenos de alborozo a recibirlo sus padres, su mujer y sus hijos. Era el hijo pródigo que volvía.

—Yo no vengo a vosotros, porque mi casa es la tierra y mi mujer es la fe —les dijo hablando bíblicamente como ya lo hacía siempre.

Fueron vanas las resistencias y los llantos ante la decisión de Rasputín. Besó a los suyos y partió por el camino que del pueblo iba al río, aquel camino que sería va el camino que iba a llevarlo al palacio de los zares.

CAPITULO III

Rasputín recorre la Siberia como peregrino, realizando los primeros milagros y las primeras seducciones

Tenía treinta y tres años Rasputín al comenzar su peregrinación por Rusia, a la aventura, yendo de pueblo en pueblo, de iglesia en iglesia, de convento en convento, acercándose a los «starets», los ascetas dedicados a la meditación, para comprobar su progresiva aproximación al espíritu de Dios. Era un «strannik» o peregrino errante, viviendo de la generosidad de los creyentes y durmiendo en las cuevas de las masías, que los campesinos dejan abiertas para que los religiosos vagabundos hallen un refugio. Su tipo era el tipo perfecto del peregrino rodamundo. Melena partida como un monje, la barba rubia, abundante, una gran nariz y unos ojos grises, diminutos y perforadores, ojos alucinantes de mago.

En Rusia, como en la Europa de la edad media, frecuentan los caminos, aun ahora, un gran número de «stranniks» o peregrinos, que no son sacerdotes ni frailes, sino simplemente hombres de vocación religiosa que van visitando los lugares religiosos, llegando, a veces, hasta los mismos Santos Lugares o al monte Athos, en Grecia, desde las lejanías de Siberia. Cuando han alcanzado fama de santidad, se fijan en un lugar, convertidos en «starets» y reciben entonces a su vez, la visita de los peregrinos y las romerías de los devotos.

Rasputín, paró en los monasterios donde había sacerdotes castigados por las autoridades eclesiásticas por sospechosos de pertenecer a alguna de las sectas tan abundantes en Rusia, perfeccionándose en las doctrinas de la secta de los «Klistis». En los pueblos encontró sectarios con los que puso en práctica las doctrinas. Sobre las mujeres comenzó aquella su seducción que lo había de llevar a ser el amante de las más altas damas de Rusia, y sobre los hombres la imposición de su voluntad. Pronto los peregrinos esparcieron por toda Siberia la aparición de un «staretz» que hacía milagros y arrastraba a las

CAPITULO II

Rasputín se inicia en la secta de los «Klistis»

Al día siguiente, Efim Andreievitch, llamó a su hijo y le rogó que le acompañara a la caballeriza.

—Mira—le dijo—, verdad o fantástica la aparición de la Virgen, es señal de que tu alma comienza a ser el alma de un hombre. Tienes cerca de veinte años y hasta ahora no has hecho más que perseguir caballos, muchachas y vasos de aguardiente. El pueblo murmura de ti y teme que seas un perdido. Modera tu conducta y auxíliame en mi trabajo, cuidando la cuadra y transportando viajeros.

Así, por mandato paterno, el joven Rasputín comenzó a hacer viajes por la estepa, pero su vida continuó siendo la de un mozo sin otros afanes que el desorden de los amores pasajeros y de las libaciones tabernarias. Un día, en uno de sus viajes, conoció a una muchacha llamada Prascovia Feodorovna y la requirió de amores que se convirtieron en matrimonio. A poco, tuvo una hija, María, después un hijo, Mitia, luego otra hija, Varia. La paternidad no le impuso tampoco la moralidad ni la abstinencia, y como con el transporte de viajeros no podía mantener su familia y conservar sus vicios, dió en robar caballos, convirtiéndose en «varnak», nombre que dan a los ladrones de caballos los siberianos. Pero éstos perdonan la embriaguez, el libertinaje, la violencia y el robo mismo, mientras no sea el de sus caballos, que los llevan por la estepa y los ponen en contacto con el mundo.

Varias veces, los dueños de los caballos le habían cogido infraganti, apaleándole. El insistía, y así, entre las rudezas del merodeo y los palos de los campesinos, Rasputín crecía resistente y fuerte, dando a su cuerpo aquella pujanza que en el palacio del príncipe Yusupoff necesitó para ser abatida, unos vasos con veneno y tres balazos.

Un día llegó a su casa con la cabeza rota, apaleado por un guarda. La mujer y los pequeñuelos lloraron en torno de la cama del herido. El padre, rabioso, lo increpó:

—Gegorio, has de cambiar de vida, o dejar el pueblo. Rasputín, respondió: —También tú, padre, en tu juventud, fuistes «varnak». —Lo fui, pero entré por el buen camino, me hice hombre, levanté una casa, creé una familia, y hoy, todo el pueblo respeta a Efim Andreievitch. Entonces, Rasputín, levantó orgullosamente su cabeza vendada. —También a mí me respetarán, porque siento en mí una fuerza tan grande que necesita del pecado para calmarse. Todos admirarán a Rasputín un día u otro, padre, porque yo soy aquel a quien se le apareció la Virgen. Repuesto, Gregorio Rasputín continuó conduciendo sus carruajes y sus

La máquina de coser

SU HISTORIA

No hay duda de que fué el francés Thimoniaer quien, en 1825, construyó la primera máquina de coser práctica. Como ha ocurrido con todos los grandes inventos, tuvo precursores, que poco afectan la gloria del pobre y genial Thimoniaer cuyos contemporáneos no supieron apreciar la maravilla que legaba a la humanidad.

Thomas Saint construyó en Londres en 1790 una máquina para coser cuero. Una lezna perforaba en el cuero un pequeño orificio por el que bajaba una aguja con un hilo cuyo lazo era atado inmediatamente. Las ideas del inventor eran sin duda acertadas, pero su máquina rudimentaria no funcionaba bien.

John Ducean, de Inglaterra, pidió en 1804, una patente para una máquina de coser, cuyo funcionamiento describe tan mal que no se sabe cómo ha sido construída. Por lo demás no se tiene noticia de que alguien haya visto un modelo de su aparato.

Steele y Henderson tomaron el mismo año una patente francesa para ejecutar por medios mecánicos los movimientos de los dedos que trabajan con las agujas. Se trató de una aguja del simple modelo ordinario tomada por pequeñas piezas que hacían atravesar el tejido. El aparato no da resultado.

Como se ve, los inventos mencionados no tienen importancia desde el punto de vista práctico.

En 1826 el norteamericano Lye registra una patente para una máquina de coser nuevo, cuya descripción se ha perdido. En 1834, un artesano neoyorquino, Hunt, pide también una patente para máquina de coser, pero se le niegan porque no puede presentar un modelo que funcione bien. Sólo en 1846, el mecánico norteamericano Elias Howe (1819-1887), obtiene una patente de máquina de coser de funcionamiento satisfactorio, que trabaja con dos hilos: el de la aguja es trabajado a cada puntada con el de una pequeña bobina inferior. El inventor es objeto de burlas, pero Howe, ofendido, desafió a un equipo de cinco costureros. Howe, trabajando con su máquina, terminó su mismo trabajo más pronto que sus cinco rivales.

MUCHACHO AVISADO



—Dime, Santiago, ¿qué haces si estás sentado en el tranvía y ves una mujer que está de pie?
—Vingir que duermo.

CHIADA DISCRETA



—Oiga usted, Tomasa... ¡No ha visto esas telarillas del techo!
—Señora... Ya le advertí oportunamente, que yo no tenía el defecto de la cribrinidad.

COSAS DE CHICOS

El hijo del tonelero, ha leído en sus libros de lecturas el caso de Diógenes y su tonel, y observa juiciosamente:
—Al precio que se pagan hoy los tonales, hay que ver cuánto pediría hoy Diógenes por alquilar su casa!

RAZON DE YESO



—¡Ah, esposo mío! Ante ese panorama grandioso, ¡qué poca cosa somos!
—¡Sí, eh! ¡Levantar los cien quilos que tú pesas, te parece poca cosa!

mano había logrado encontrar un comprador y modificó el aparato para que se le pudiera emplear en los talleres de confección de corsets; pero el público inglés no recibió bien el invento y Howe vióse obligado a asociarse con un cohecho de fiacer, cuyas economías pronto se evaporaron. Howe tiene que empeñar su máquina a fin de pagar el viaje de regreso a los Estados Unidos donde se emplea como obrero mecánico. Para colmo de infortunio aparecen falsificadores que venden su máquina. Al fin encuentra una persona que le proporciona fondos para establecer una fábrica en Nueva York y perseguir por la justicia a los imitadores. Sus máquinas ganan rápidamente el favor del público. Howe se hace muy rico y puede permitirse la satisfacción de hacer llegar parte de su riqueza al pobre cohecho londinense que había tenido fe en él y le había ayudado con cuanto tenía en los momentos más tristes de su vida.

ECONOMIA SARIA



—Cahallero: en este restaurant, no se ha doblado el precio de los platos, como en los demás. Aquí sólo se ha reducido a

Y aquel muchachote de veintidós años, lloró con la cara pegada a la arena, mientras el mar, con su monotonía, acariciaba la costa malagueña, y el sol en la lejanía, apagaba su luz.

A lo largo de la playa y en dirección al sitio donde lloraba el pescador, corría una mocueta de poco más de seis años, lleno el suso delante, de conchas vacías.

Al ver a «Pabliyo» tumbado sobre la arena, la chiquilla de pelo rubio como el maíz, dijo al pescador, acompañando a sus palabras con el brillo de sus ojillos negros como abalorio.

—¡Eh, «Pabliyo»!
Un perro mal cuidado, de ojos inteligentes, comenzó a saltar, al lado de la chiquilla, ladrando y moviendo su rabo cortado casi de raíz.

—¡Eh, «Pabliyo»! ¿Qué haces ahí? ¡Ven con nosotros! Ya es de noche... «Me- mira cuántas!»
Levantóse «Pabliyo», acuriciando a la mocueta y enredando sus dedos entre las guesijas del pelo de la chiquilla, dejó un beso en su frente.

—¡Vamos, Carola!—dijo el pescador. Y marcharon playa adelante, camino de «El Palo». «Pabliyo» Guzmán, Carola, la chiquilla hija de pescadores y el inquieto «Me-reles», que saltando y ladrando, andaba y desandaba el camino mirando alternativamente a su ama y al pescador.

Y a lo lejos, Málaga ardía en luces, mientras, el sol, muriendo, parecía hundirse en las aguas quietas.

Suspiró el viejo. En la gran ciudad americana comenzaba la noche.

Incorporóse un momento el millonario, encharcado por un momento de luz.

Tamboroso se acercó a la caja de caudales, sacando del interior de esta, una pequeña cajita de oro con incrustaciones de nácar, que abrió con una diminuta llave.

Acercóse a la luz, llevando entre sus manos aragadas un marco de oro que guardaba el retrato de una mujer. La miró unos instantes amorosamente y temblando como aquel que acababa de cometer un delito, encerró el retrato en la cajita de oro, tornándola a su sitio nuevamente.

Quedóse recostado un momento sobre la mesa del despacho, oprimiéndose las sienes con su mano temblona y limpiándose los ojos con el fino pañuelo que guardó en el bolsillo de su batín.

Encendió nuevamente el cigarrillo y volvió a sentarse en el butacón dejando que el humo blanquecino le recordara los momentos ya muy lejanos de una vida...

Y sucedió que una mañana los periódicos malagueños dieron la noticia del crimen pasional.

En un colmado del barrio de Capuchinos, había sido muerta de un navajazo María Luz «La Bonita», conocida florista, y malherido «Josefio Terrones», dueño del colmado.

genario, saboreaba el cigarro habano, viendo desfilan ante el humo toda una vida, llena de viejos recuerdos.

Transcurrió un año, durante el cual María Luz «La Bonita» y «Pabliyo Guzmán», gustaron todas las mieles de un querer.

Ella iba todas las tardes a Málaga, cargada con una gran cesta repleta de clavos, que vendía a los señores de la ciudad, ayudando de esta forma, a sostener el hogar formado en unión del joven pescador. «Josefio Terrones» desertó de la playa, pues favorecido por la fortuna, cobró dinero en un sorteo de la Lotería y se estableció, poniendo un colmado, en el barrio de Capuchinos.

Entre los pescadores, comiencen a encenderse la tea de la murmuración. Todos miraron maliciosamente a «Pabliyo» Guzmán.

Una tarde, después de repartirse el lote del copo, un pescador lisiado (al que en la playa llaman todos «El necedoro» porque al andar parece balancearse, debido a lo exagerado de su cojera) cantaba socarronamente, sentado en la arena...

—«Mujé bonita no quiero, que soy probe pescad. En cmejó vivi sortero» pues casi siempre el «camó», es «pa» er que tiene dinero.

Y la copia fué festejada por las risas de los pescadores, continuando «Carranque» «El necedoro»:

Mientras yo tiro der copo ¡qué suerte tengo más grande! ¡Mi serrana está con otro!

Las miradas maliciosas, se mezclaron con las carcajadas entre la gente del mar.

«Pabliyo Guzmán» se dió cuenta de que todos le miraban. Enrojeció de coraje, cruzó rápidamente su pensamiento, la marchosa figura de «Josefio Terrones». Cogió del brazo al autor de las copias y casi zarandéandolo le dijo:

—«Muy torpe andas tú, mal sange, cuando tiras «der» copo, y «camusio» listo has «camusio», «pa» esas copias «convenenís».

—«Las copias que yo canto...—repuso el lisiado.

Los pescadores hicieron corro.

—«Las copias que tú cantas, son como «er» «sirvio» es la serpente; hielan la sangre y yo te voy a «tapar» la boca, «pa» que no «gtervas» a «cantar» más en tu «crías».

«Carranque» trató de defenderse. «Pabliyo» continuó oprimiendo con energía el brazo del cojo, intervinieron los compañeros de trabajo y a poco marcharon todos sonriendo maliciosamente, quedando solo en la playa «Pabliyo Guzmán» que terminó tirándose de bruces sobre las arenas aún calientes.

La duda mordía en su corazón. Ella, María Luz, la moza más bonita de aquellos lugares, la más olorosa flor criada bajo el cielo sin nubes de Málaga la pri-morosa, no podía querer a otro hombre.

Otra vez pensó el pescador, en la jaque figura de «Josefio Terrones».

Nadie pudo encontrar al agresor, que según afirmaba todo el mundo, fué el propio marido de la víctima.

Pudo comprobarse, que María Luz «La Bonita» fué cogida en un reservado del «bernucho», traicionando al pescador, con «Josefio Terrones», dueño del colmado.

Nadie pudo hallar a «Pabliyo Guzmán». Y mientras las gentes comentaban el crimen, allá en las mares altas, oculto entre los fardos del cargamento de un barco velero, lloraba su dolor un mozo lleno de juventud.

Entre las espirales del humo, reía el «viejito» millonario, la recia figura de «Pabliyo Guzmán», baldeando con los pies desnudos, la cubierta del velero, temblando como un azogado, al sentirse sobre sus carnes la mordedura del frío de la mañana.

Y luego la tierra americana. El duro trabajo en la mina, en las entrañas de la extraña tierra, como un topo, trabajando en las tinieblas, de sol a sol.

Y más tarde el filón de oro descubierta... ¡Qué días aquellos en los que la fortuna le besó, haciéndole el amo de aquellas minas que habían de ser tan famosas en el mundo! Tumbado bajo las lonas de la tienda de campaña, viendo que la miseria se alejaba de su lado, para dar paso a la riqueza... el afloraba aquel rincón humilde de la playa malagueña donde jugó de niño, aquel pedazo de tierra española donde murió su corazón, al morir también la mocueta pinturera, segada en flor de vida, por la misma navaja que en el hogar feliz partiera el pan de cada día.

Con los ojos muy fijos en el cielo que cubría la tierra americana, él recordaba el otro cielo, aquel que guardaba su casucha de pescador, el cielo limpio de su Málaga hermosa.

Lloraba el minero, la pérdida de aquella reja florida, donde el amor cantó su eterna canción, en las noches olorosas de su lejana primavera.

Y llorando con lágrimas nacidas en su alma, besaba el retrato de la mujer perdida.

«¡La quería a pesar de la traición! Y las minas de oro le hicieron inmensamente rico. Y «Pabliyo Guzmán», el pescador, tomó el nombre de Mister Roland, renegando de la patria amada.

Y sobre aquel mozo que un atardecer, jugueteaba con los rizos de la mocueta de Carola, han caído pesadamente cincuenta y nueve años.

Suena un timbre, y el anciano, sin moverse, dice:
—¡Adelante!... ¡DÉ usted la luz!

Ilumínase el regío despacho, entrando en él, Mister Piatker, secretario particular del millonario, al cual dice el viejo hablando lentamente.

—Es necesario que disponga usted su viaje a España, Mister Piatker.

De todos los países visitados en mi última vuelta a Europa, hubo uno del cual quedé encantado. Es una ciudad que se alza en la costa mediterránea. ¡Málaga!

—¡Oh! ¡Yes!—responde Mister Piatker.—Irá usted allá—continúa el anciano—hará usted donación de «dos millones de

LETRAS CATALANAS

EL SENTIDO DE LA MODERNIDAD

Uno de los hechos más singulares de la vida de las letras en Cataluña, es éste del sentido de la modernidad. En un país como el nuestro donde la fina perceptibilidad, alerta para las cosas europeas, ha permitido convertir en aguda y viva causa de resonancias nuestro ambiente intelectual, todas las tentativas realizadas en pro de un vanguardismo literario, o artístico, no han pasado más allá del gesto personal. Todo lo más ha reclutado un minúsculo ejército de fogosidades jóvenes. Pero no ha llegado nunca a una solución de simpatía con la colectividad o con la mayoría.

En la evolución de Anecdota a Categoría—diríamos con términos gratos al glosador—los movimientos vanguardistas de Cataluña se han estancado, lamentablemente, en la Anecdota. La Categoría—la colectividad—es profundamente tradicional. (Entiendo el tradicionalismo como un homenaje a la racialidad).

Antes de seguir adelante convendría crear que llamamos vanguardistas a las escuelas intelectuales francesas de la primera post-guerra. (Aun cuando debiera llegar una revisión que evitara nombres de significación temporal en la designación de escuelas literarias para evitar, por ejemplo, que se creyera moderno el modernismo español, o futurista el futurismo de Marinetti, escuelas de una posición evidentemente preferéncia).

Hace ya más de ocho años que Joan Salvat-Papassai lanzó su manifiesto contra pesetas al Municipio malagueño, para que se empleen en levantar entre «La Calesia» y «El Palio», barrios de pobres pescadores, un Asilo-Hospital para gentes humildes... Un gesto de extrañeza, del secretario, acogió la orden del viejo, en tanto que, inquisitivamente, con los ojos casi cerrados, continuaba el viejo:

—Un Hospital frente a ese mar tan bello... cara al Mediterráneo!

Y en su mente veía el millonario, la florida reja donde nació el áncico amor de su vida, convertida en refugio de los viejos pescadores, esclavos del mar.

Y la nieve crecía en las calles de la gran ciudad americana, mientras el viejo millonario arrojaba ya, apagado, el resto del cigarrillo.

Los poetas con minúscula. Mas de ocho años que el poeta de «Irradiador del port i les gavines» lanzaba su grito en demanda de una generación de poetas «altius, valentis, harvica i sobre tot, sincers».

Salvat-Papassai que dicho sea de paso es, con Joan Maragall, el poeta más lírico y puro de Cataluña, no predicó en desierto. Pero le faltó muy poco. Hoy, pasados ocho años desde su demanda, Cataluña adolece de una penuria de modernidad muy semejante. Hay muy pocos poetas jóvenes con una conciencia plena de su juventud. Las deserciones hacia el bando burgués, abundan. Todo esto en la patria de Salvat-Papassai, de J. V. Foix, de Salvador Dalí, de Joan Miró.

Quizás podríamos tribuir la causa de ese retraimiento de nuestros jóvenes poetas a la no intervención de los escritores vanguardistas, en su formación literaria. En efecto, a menudo el conocimiento de determinadas figuras de nuestra «avant-garde» es patrimonio de minorías de café.

Los aprendices de poeta se encuentran, así, como único modelo próximo, la manera poética—ya popular—en que perfilan la literatura catalana J. Carner y J. M. López-Picó sobre la cual va cayendo—ya—un polvillo de clasicismo y de inapropiabilidad. Cuando, encaramados en el camino literario vislumbramos las nuevas cspaldas de la poesía, la mochila pesa demasiado de tanto moirto lírico como se han ido llevando, al pasar por los caminos trillados. Y preferen echarse a descansar, tocando con beatitud la flauta de siempre. La fabricadora de todas esas caricaturas líricas de los grandes poetas, que ya estamos hartos de sufrir.

Precisamente tengo, ahora, sobre la mesa dos—significativos—libros de versos. Dos primeros libros de versos, apartecidos hace poco. Uno: «L'Orrena Matinal» de Moliné Genérru. Otro: «Esparses» de Cortés Bohigas. Se va, ya, con un poco de recelo a esos primeros disparos líricos—primeros y definitivos en orden al éxilo o al fracaso—Esos primeros libros emocionados, heróicamente impresos y amablemente lanzados. Los autores deben ser, biológicamente, jóvenes. Pero los versos cuentan ya, ilos pobres!, más de treinta años. Nos recordamos a uno de ellos («L'Orrena Matinal»).

PAGINAS SINFANTILES

Erase que se era...

LAS DOS CABRITAS

Habría una vez una cabrita blanca. Y eran blancas sus cuatro patitas. Se paseaba por la orilla de un foso.

Habría otra cabrita toda negra, pero con las cuatro patitas blancas. Se paseaba por las orillas del mismo foso.

Y tendida de orilla a orilla, sobre el foso, había una tabla para cruzarlo. La cabrita blanca quiere cruzar el foso, se dirige hacia la tabla y empieza a pasar por ella.

La cabrita negra quiere también cruzar el foso. Empezaba a pasar por el otro extremo de la tabla.

Las dos cabras se encuentran en el medio de la tabla.

La tabla era muy angosta. La cabrita blanca podía pasar sola. La cabrita negra también podía pasar sola. Pero las dos cabras no podían pasar al mismo tiempo.

Entonces la cabra blanca dijo a la cabra negra:

—Déjame pasar primero.

La cabra negra no quiere y contesta enfadada:

—No. Yo pasaré primero. Vuelve a la orilla del foso para dejarme pasar.

Pero la cabrita blanca no quería volverse. Quería pasar primero.

—Si no me dejas pasar se lo diré a mamá. Tiene cuernos muy grandes y vendrá a toparte.

—Y yo, si no me dejas pasar, se lo diré a papá. Tiene cuernos más grandes y vendrá a topar a tu mamá.

—Déjame pasar o te daré un cabezazo!

—No! Yo quiero pasar antes que tú.

Y la cabrita negra bajó la cabeza y dijo con la frente un gran golpe a la cabrita blanca.

La cabra blanca bajó también la cabeza y ¡pan! dió también un golpe con la cabeza.

¡Pan! ¡Pan! Las dos cabras se daban blanca.

MAL OLOR

Una brava meta para el bravo equipo de «L'Amic de les Arts». Elevar al nivel de Europa nuestra producción poética. Higienizarla, esterilizarla y dotarla de agilidad y de modernidad. Inhumanizarla con el sentimentalismo. Con auténticas injeciones de juventud. Y de cosmopolitismo. De cosmopolitismo, en realidad, la única—suprema—barriera que queda por franquear



—Pero, esposo mío, echas un olor a ajo, que apesta...
—Mujer... ¡Te echo en cara que tú apestas a rosas!

PAGINAS SINFANTILES

golpes y se empujaban con la cabeza. ¿Qué sucedió?

Se empujaron tan fuerte que ¡pataplán! se cayeron las dos en el foso, y se lastimaron al golpear en las piedras del fondo.

¡Bel! ¡Bel! ¡Bel! Así balaban tristemente. Ya no pensaban en discutir.

Subieron rengueando a las orillas del foso.

POBRE PORTADO



—¡Por qué me devuelvo usted los zapatos viejos que le di el otro día!

—Para que los mande usted poner medias nuevas.

so y cada una por su lado se fué a su casa quejándose.

Es lo que suele suceder cuando la gente disputa: llega a golpearse y a hacerse mal.

El recreo ha terminado. Todos los niños tienen que ponerse en fila.

León y Enrique corren para ser los primeros.

Los dos llegan a la puerta al mismo tiempo.

León pone la mano en el picaporte. Quiere abrir la puerta para ser el primero en entrar en el corredor del salón de clase.

Pero Enrique también quiere ser el primero y empuja a León diciéndole:

—Vete. Déjame abrir la puerta.

—Déjame pasar. Se lo diré a la señorita...

—Yo llegué antes que tú.

—¡No!

—¡Sí!

Enrique intenta apartar a León de un empujón. Pero León ha agarrado el picaporte y no quiere soltarlo.

Enrique se enoja:

—Soy más fuerte que tú, y entraré antes.

Toma de un brazo a León y le tira con fuerza. León grita. No suelta el picaporte y con la otra mano empuja a Enrique.

Enrique cae al suelo; al caer tira del delantero de León. El delantero se desabotona y León cae sobre Enrique.

Acude la maestra, ayuda a levantarse a los niños y les dice:

—¡Hijos! no irán a la fila. Son demasiado malos. Se quedarán en un rincón del patio y sólo cuando vuelvan a ser juiciosos entrarán en la clase.

Los demás niños entran en la clase cantando. Están contentos.

La puerta se cierra. Enrique y León se quedan solos. Bajan la cabeza. Oyen las risas de sus compañeros: la maestra les está contando una linda historia.

Se miran y no discuten ya.

—Pé por tu culpa—dice Enrique—.

—¿Por qué me empujaste?

—Porque no querías dejarme abrir. Yo había llegado primero.

—Yo quería entrar—dice Enrique.

—Si quieres, vayamos a decirle a la señorita que somos juiciosos—propone León.

—Yo no te empujaré más.

—Yo tampoco.

León sacó el pañuelo y limpia el delantero de Enrique. Enrique abotona el delantero de León. Después, cada uno hace al otro el moño de la corbata.

—Abre la puerta—dice Enrique.

León abre la puerta despacio y Enrique lo deja pasar primero.

Luego, uno de la mano del otro, van a pedir a la maestra permiso para ocupar sus puestos.

La maestra los mira. Ve dos niños que se dan la mano como buenos amigos. Los perdona.

Enrique y León se sientan en sus sitios. La maestra cuenta la historia de las dos cabritas que se pelearon por pasar y se cayeron al foso.

Enrique y León se miran, bajan la cabeza. Han sido tan tontos como las dos cabras; pero no volverán a hacerlo. Comprenden que los niños no deben ser como los animales que se pelean por pasar primero.

—Amigo mío... Le devuelvo a usted su palabra. Papá acaba de quebrar.

—¡Caro! ¡Ya me dio yo que haría algún disparate, para estorbar nuestro matrimonio!

SOSPECHA

